

El cuarto de la princesa

No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles. *Hebreos 13:2*

Hace algunos años desde que Dios me habló sobre una habitación «extra» que tengo en mi casa. Ya no tenía a mis hijas en casa (mi primogénita en el cielo), mi esposo se había ido a la presencia de Dios, y yo estaba sola. Quería usar esa habitación como cuarto de costura; pero Dios tenía otros planes.

Dios me habló de que debía preparar ese cuarto para sus «princesas»; debía estar disponible para hijas del Señor que necesitaran de mimos, de un lugar de descanso en medio del trajín de la vida. El Señor me proveyó trabajos extra para que pudiera ahorrar lo necesario para comprar los muebles.

Debido a los problemas que tengo con mis pies no puedo salir a caminar como me gustaría hacerlo. No iba a poder andar de un lado a otro en busca de muebles, así que pedí a Dios que me dirigiera a la mueblería donde había los muebles necesarios para amueblar el cuarto.

Era una tarde lluviosa; no daban muchas ganas de salir. Pero me fui a cumplir mi misión. Dios me concedió un vendedor amable, que me condujo en la silla de ruedas para que yo pudiera mirar con tranquilidad. Le conté lo que pensaba hacer y para qué necesitaba los muebles. Después de mirar varios modelos, me llevó a una exhibición de muebles blancos con adornos de flores. «Creo que éstos pueden gustar a las mujeres», me dijo.

Los muebles «princesa»

El amable vendedor me dio las medidas y fui de regreso a casa para ver si habría espacio suficiente en mi cuartito para los muebles. Camino a casa, en el auto, recién me percaté del nombre de esa línea de muebles: PRINCESA. Fue una confirmación del Señor. Esos serían los muebles para el cuarto de la princesa. Volví a la mueblería e hice el pedido.

También necesitaba cortinas y ropa de cama. Nuevamente pedí a Dios que me dirigiera. Yo tenía en mente cierto color; pero Dios escogió para mí los colores exactos, los de la realeza. El cubrecama que había en la tienda adonde fui a comprar lo ves en la foto de arriba.

Con todo el amor de mi corazón he preparado la habitación, con el pensamiento en mente de tenerlo disponible para las «princesas» que Dios ponga en mi camino. He estado muy ocupada con la elaboración de los materiales de enseñanza que publico, así que no he hecho publicidad para conseguir «princesas». Pero recientemente Dios me trajo a una de sus hijas que lo necesita de veras.



Hogares hospitalarios

He crecido en un hogar hospitalario. Aprendí a poner mi cama a disposición de siervos de Dios que se alojaron en casa de mis padres. Tengo gratos recuerdos de pastores y misioneros que se hospedaron en nuestro hogar. Es muy cierto lo que leemos en la Epístola a los Hebreos, de que algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles (13:2).

He sido atendida en muchos hogares durante mis giras misioneras, especialmente en mi juventud. En los momentos que escribo este mensaje disfruté de la hospitalidad de mi padre y su esposa. Un gesto muy amable es que «respetan» que no me gusta el pollo. María, la esposa de mi padre, cocina otras comidas. Pero en las últimas semanas, en mis giras de predicación, he comido pollo dos veces, porque al ser huésped en un hogar se recibe con agradecimiento lo que se nos pone delante.

Una de las princesas

Un incidente medio cómico sucedió una medianoche hace algunos meses. La cama del cuarto de la princesa se había roto y yo no había tenido oportunidad de hacerla arreglar. A esas altas horas de la noche alguien toca la puerta. ¿Quién será? me pregunto. Salgo a abrir y allí está una mujer que había venido en taxi, cargando todas sus cosas, en maletitas y bolsas. «No tengo donde pasar la noche; ¿puedo entrar?», me pregunta.

Ya nos conocíamos y ella había dormido antes en mi casa, cuando tuvo problemas. Esta mujer es una de las «princesas» que Dios ha traído a mi puerta. Esa noche ni siquiera tenía dinero para pagar el taxi. La recibí, y entre ambas maniobramos la cama hasta que logramos poner

el colchón en el piso (¡no hay mucho espacio para manio-
brar!). Descansó esa noche sobre el colchón en el piso y
al día siguiente la llevé a otro lugar, porque yo tenía que
viajar. Con ella he tenido muchas «aventuras» de hospita-
lidad.

Una amiga de la juventud

Acabo de pasar un fin de semana con una amiga de la
juventud y he disfrutado de su gentil hospitalidad. Ambas
hemos sido misioneras; ambas tenemos un profundo
sentir para trabajar con la niñez. Hemos llegado a la Edad
de Oro; pero en vez de aminorar el paso y «disfrutar» de
estar pensionadas, estamos más decididas que nunca a
dar todo de nuestra parte para la obra de Dios entre los
niños. Es nuestro deseo que nuestra última etapa de la
vida sea la más vigorosa. Queremos estar llenas de vigor
y entusiasmo para servir al Rey.

El respeto, una gran virtud

Cuando alguien nos hospeda en su hogar debemos ser
respetuosos y atenernos a las costumbres de esa casa,
así como esperamos que alguien que se hospede en
nuestro hogar nos respete. El respeto a las visitas es una
gran virtud; algo muy importante que se debe enseñar a
los hijos.

Cuando somos huéspedes debemos respetar los ho-
rarios y las costumbres de vivencia del anfitrión. En las
conversaciones debemos ser prudentes, porque con una
palabra suelta podemos ofender, aun sin pensarlo. Como
huéspedes debemos ser amables con quienes nos hospedan
y no dar por sentado que ellos nos atiendan. Estemos
dispuestos a ayudar con algunos quehaceres.

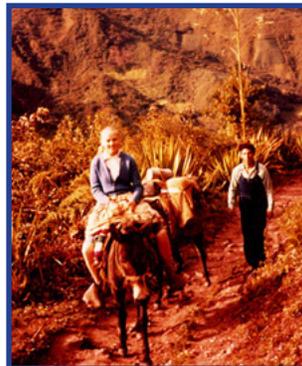
En el caso de alguien que visita nuestro ho-
gar, es hermoso si lo hacemos sentir en casa
y que es parte de nuestra familia. Si es alguien
que va a quedarse por tiempo prolongado,
hagámosle presente las exigencias de nuestro
horario, para que sepa a que debe atenerse.

La experta ama de casa

Marta, la experta ama de casa, mimó a Je-
sús con hospitalidad. Me la imagino cantando
alegremente en la cocina mientras preparaba
una exquisita cena para el Señor. Segura-
mente era una de esas mujeres a quienes les
encanta cocinar.

No se trataba de una cena nada más para
Marta, María, Lázaro y Jesús. ¡No! Por lo
menos hubo doce más, pues Jesús siempre
iba acompañado de sus discípulos. Sabemos
por el relato bíblico que Marta se agobió, y con
razón, porque María la dejó sola en la cocina.

Cuando Marta fue a Jesús para quejarse de
que su hermana la dejó servir sola, el Maestro
no la reprendió porque ella estuviera cocinando.



Mi aventura misionera



¡Alguien tenía que preparar la comida! Él puso las cosas
en perspectiva y le dijo que María había escogido «la
buena parte» y que no se la quitaría.

Marta estaba afanada y turbada con todos los queha-
ceres... ¡Unos momentos a los pies de Cristo hubiera
calmado su ansiedad!

El amor de corazón

«**Casa pequeña, pero corazón grande.**» Aunque no
tengas grandes recursos el amor de tu corazón puede
ser grande. Recuerdo una experiencia de cuando tenía
trece años de edad e hice un viaje misionero al interior de
la selva del Perú. Mi padre y yo viajamos a un lugar lejos
de la carretera, donde el único medio de transporte eran
mulas. Había llovido y llegamos empapados de barro. Nos
recibieron con mucho amor, y hasta nos lavaron los pies.

El cuarto de huéspedes tenía solo tres pare-
des; estaba abierto hacia la plaza del pueblo.
No pudimos acostarnos hasta que todos se
cansaran de mirarnos y se fueran a sus casas.
«Somos como monos en un zoológico», me
dijo mi padre. Tenía razón, pues allí nunca
habían visto a una niña rubia y todos querían
mirarla. Fue maravilloso sentir el calor de la
hospitalidad.

A mi hija Eva-Marie, que ya está en el cielo,
le encantaba visitar los hogares de sus amigos
en Bolivia. Ella sabía llegar a la hora perfecta
para que le invitaran a comer.

Así también era nuestro amigo Felipe (nom-
bre cambiado) que nos visitaba casi a diario,
y se quedaba a comer. Con mi hija hacían
competencia para hablar en la mesa, de modo
que tuvimos que decirles que tenían que pedir
la palabra. Son gratos recuerdos de amistad y
hospitalidad.

¿Qué recuerdos tienes tú? ¿Qué recuerdos
están acumulando en tu familia?

¡Valora la hospitalidad!

Hermana Margarita